

## "El Mito Necesario"

"La Revolución Islámica en Occidente" Ignacio Olagüe

Opinión - 12/06/2006 0:00 - Autor: Luis Alberto Conget Betore - Fuente: Webislam

Etiquetas: [mito](#), [necesario](#), [revolucion](#), [islamica](#), [occidente](#), [ignacio](#), [olague](#), [invasion](#)



La "gloriosa" caballería árabe invade España

La invasión de España por tropas árabes que cruzaron el estrecho de Gibraltar al mando de Taric en el año 711, sometiéndolo a sangre y fuego a la indefensa población hispánica en tan sólo tres años, es una gran mentira, un gran *"mito necesario"* que interesó fomentar tanto a musulmanes como a cristianos trinitarios, muchos años después de esta fecha, para legitimar su posición de poder, en el caso de los primeros y la invasión de los deseados territorios enemigos, en el caso de los segundos. Al menos, eso es lo que intenta demostrar el investigador español **Ignacio Olagüe** en su obra *"La Revolución Islámica en Occidente"*. **Obra escrita antes de 1966 que tuvo muchos problemas para ser editada y que fue prohibida durante décadas en España.**

Para intentar demostrar los hechos, Olagüe utiliza muchos argumentos que van confluyendo, como en un discurrir inevitable, hasta dar luz a la historia y desbaratar, aparentemente, la leyenda. Los argumentos empleados son muy variados y dan una gran sensación de equilibrio histórico a la investigación: el cambio climático, las hambrunas, las diferentes formas de entender el cristianismo en el mundo preislámico, el concepto de idea-fuerza, la religión como factor de poder en manos de los reyes y de los obispos de turno, la falta de conciencia de que el Islam era una religión nueva, sino más bien una variante del cristianismo unitario, la descomposición social del momento, las manifestaciones artísticas, etc.

A mi juicio, y creo que muchos, musulmanes o no, comparten mi opinión, nunca ha sido bien valorado este periodo histórico, no sólo como una parte esencial de nuestra historia, sino como una de las más brillantes. Especialmente desde el punto de vista cultural, que no es poco. Pienso que nunca hubo, ni antes ni después, tantas luces como las habidas en aquella época del Islam hispánico que sacó a nuestro país de la oscuridad y los miedos de la edad media, mientras el resto de Europa permanecía sumergida en ellos durante siglos hasta el renacimiento.

En realidad, cuando Ignacio Olagüe comenzó su investigación, tampoco creía que lo que iba a estudiar era un momento especialmente diferente de lo que se afirmaba, y aún hoy se afirma, en los estudios de la historia más académica. No pensaba en absoluto realizar una investigación tan crítica de aquel fundamental, apasionante y extenso capítulo de la historia de España, si no fuera porque hizo algún pequeño “*descubrimiento*” que le llevó a pensar que si tenía que ser consecuente con lo que había destapado, esto le obligaría, como poco, a replantearse hechos fundamentales que podrían cambiar la visión tradicional de este periodo y especialmente de sus primeros siglos.

En una visita a la Mezquita de Córdoba, Olagüe cae en la cuenta de que ya en el siglo XIX arqueólogos españoles que restauraban iglesias perdidas descubrieron que una iglesia de Baños de Cerrato en Venta de Baños que había sido dedicada a san Juan Bautista y que fue construida por Recesvinto en 661, mucho antes de la pretendida invasión árabe de 711 “... *poseía soberbios arcos de herradura. Pronto se los encontró por toda la península, algunos tan bellos como los cordobeses y ... no eran musulmanes. Se los ha hallado hasta en Francia, a orillas del Loira, que de acuerdo con la tradición jamás alcanzaron los árabes. En fin, se averiguaba en nuestros días que habían existido arcos de herradura en fechas anteriores a nuestra evolución desde aquellos tiempos remotos hasta su magna florecencia bajo los califas cordobeses.*

***Uno de los mitos de la historia occidental se venía abajo. El arco de herradura, cuyas curvas inverosímiles habían permitido las más extraordinarias extravagancias, no había sido traído de Oriente por los árabes invasores ...***

El libro comienza avisándonos de una “*sospecha*”, un indicio que inevitablemente genera una pregunta, un “*por qué*” y este es el que se produce cuando el investigador advierte que existe un ***silencio documental de doscientos años en lo que hace referencia a la teórica invasión***. Cuando este silencio desaparece, no lo hace de la mano de unas crónicas fiables sino de relatos fabulosos bereberes de los siglos X y XI y los árabes posteriores en el lado musulmán; del lado cristiano es en el Siglo IX cuando aparecen relatos “*maravillosos*”. No es hasta siglo y medio después de la pretendida invasión, en el momento en que los cristianos trinitarios comienzan a tener conciencia de que la general conversión al Islam de los españoles unitarios representa una amenaza para sus intereses, cuando aparecen estas crónicas fabulosas que vienen como anillo al dedo para crear el “*mito necesario*”. En el otro lado sucede algo parecido, sólo que es a partir de la invasión Almorávide cuando se revisan estos relatos y se calcan de las fábulas épicas de la también supuesta conquista de Egipto por las “*gloriosas*” tropas árabes, para coincidir en la necesidad de la leyenda. En este caso el objetivo era fundamentar la legitimación del emirato o del califato en el que su más alto dignatario tenía que descender “*imperiosamente*” del Profeta a través de una línea muy directa, la dinastía Omeya, aprovechando para ello la leyenda que cuenta la llegada a Hispania del único miembro de los Omeyas que se libró del asesinato por parte de la nueva dinastía reinante, los Abbasies.

***“Época fecunda para el novelador y el poeta, pero que es una laguna en los anales de la península», escribía Dozy en sus Recherches; pues, «desde el reinado de Vamba hasta el de Alfonso III de León, ni los cristianos del Norte, ni los árabes y mozárabes del Mediodía escribieron nada que conozcamos»*** (Saavedra)1.

*“Durante diez siglos, nos dice Louis Bréhier, historiador renombrado del Imperio Bizantino, de Procopio (siglo V) a Phrantzes (siglo XV) con la ayuda de una serie de crónicas, de historias políticas, de biografías, de memorias conservadas en numerosos y excelentes códices, nada ignoramos de la historia de Bizancio. Cada siglo ha producido una crónica y un historiador. Sólo existe un vacío desde el fin del siglo VII hasta el principio del IX, periodo de las invasiones árabes y de las luchas iconoclastas. Se han perdido las crónicas de esta época, pero nos dan obras*

*posteriores la substancia de los acontecimientos”2*

Ignacio Olagüe no alberga la menor duda. **Existieron en los siglos VIII y IX textos que constituían la muestra del pensamiento de los seguidores hispánicos del cristianismo unitario, arriano y priscilianista; es decir los premusulmanes. Los escritos estaban redactados en latín, fueron perseguidos por los cristianos trinitarios y olvidados y abandonados por los conversos al Islam que, poco a poco, conforme fueron arabizándose dejaron de apreciar la lengua de sus mayores.** Desaparecieron por completo y tan sólo se encuentran ecos en algunas crónicas posteriores: Una cristiana que se atribuye a un fantástico Isidoro Pacense y otra escrita en árabe que la firma Ahmed Rasis. Ambos fueron andaluces y ambas difieren grandemente de las crónicas bereberes por su fuerte influencia bizantina. Los autores dan muestras de conocer la bibliografía griega y estaban muy poco influidas por las crónicas egipcias.

Las crónicas que Olagüe destaca son las cristianas de “***entidad pirenaica***”, como él las llama y que fueron escritas por monjes probablemente en el mismo año de 883, la primera de ellas llamada Crónica Albeldense compuesta por la crónica del monje Vigila y la crónica Emilianense y una segunda conocida como la crónica de Alfonso III que “*es mucho más enrevesada, escrita con un criterio infantil o primario, en una palabra arcaica, que le resta autoridad en comparación con la albeldense*”. Las musulmanas analizadas son la crónica del Moro Rasis, el Ajbar Machmua y la crónica de Ibn Alcotiya.

La del Moro Rasis ofrece muchas dudas pues no se conserva el original y el texto que se conserva suscita grandísimos recelos entre los historiadores pues, “*en el siglo XIV o en el XV según los autores, un moro llamado Mohamed, sin letras pues él mismo lo confiesa, leyó en voz alta y en portugués un texto de esta crónica redactada en árabe a un sacerdote, llamado Gil Pérez, ignorante del árabe ¡pero que traducía lo oído en portugués al castellano... !*”.

El Ajbar Machmua que no se trata de un texto histórico, sino que recoge diversos relatos tradicionales del Rif, “*hacia 1007 tuvo la idea un intelectual mahometano de habla arábiga de recoger esta tradición oral en un texto que nos ha alcanzado. En estas condiciones, transcurridos trescientos años en que la faz de esta parte de la tierra se había transformado fundamentalmente, hechos que pudieran haber poseído un cierto valor histórico han sido envueltos en clima de tal contextura que resulta difícilísimo, si no imposible, distinguir el oro del barro que lo envuelve. Esto lo confirma el ambiente imaginativo en que está escrito; pues no sólo es fácil reconocer fábulas egipcias que han servido para describir otros acontecimientos ocurridos en aquella nación, sino relatos que pertenecen al folklore del Mediterráneo oriental, cuyos orígenes remontan a veces hasta los tiempos bíblicos. Reúne en un conjunto bastante incoherente el relato de aventuras vividas por antepasados marroquíes, desembarcados en España en el VIII. Estas hazañas han sido embellecidas y exageradas en cada generación de narradores de tal suerte que estos mercenarios o aventureros de la acción y acaso de la idea que han intervenido en las luchas emprendidas por los partidarios de la Trinidad y los discípulos del unitarismo, han sido transfigurados en héroes legendarios. Después de la interpretación dada por los egipcios y los autores de la contrarreforma, era fácil a los historiadores y a los especialistas contemporáneos empalmar estas acciones individuales con los grandes hechos del «milagro». Convertidos anteriormente en poesía por la leyenda, fueron entonces asimilados a seres históricos en carne y hueso. Volvían a recobrar una apariencia humana, pero en nada se parecían al modelo original. Disfrazábase el héroe de conquistador, el conquistador del lugarteniente de un poder lejano y misterioso que por eliminación tenía que ser el de Damasco: lo que era ya una flagrante inexactitud histórica*”.

Por último, la crónica de Ibn Alcotiya que “*en árabe quiere decir: el hijo de la Goda. Descendía el autor de esta crónica de Sara, nieta de Vitiza; de aquí el apodo. En vano busca en ella el lector recuerdos de los últimos reyes visigodos que se hubieran mantenido en la tradición familiar. El*

*proceso de arabización dominante en los tiempos de su redacción, finales del X o principios del XI en que generalmente se fecha, ha borrado en la mente del autor todo indicio que pudiera referirse a otro ambiente anteriormente existente. Es este carácter el que da a la crónica todo su interés. Pues si el recuerdo de una tradición real – y ¡de tal abolengo!– no ha podido mantenerse en un descendiente en tan pocas generaciones, ¡qué se va a pedir a los demás!*

El pecado que se advierte en todas ellas, cristianas o musulmanas, es el **anacronismo**. No sólo **no concuerdan entre las de un bando u otro**, sino que **tampoco lo hacen entre las escritas en un mismo idioma**. En cada escrito los hechos relatados son distintos. A partir de un estudio exhaustivo sobre los fundamentos históricos de estas crónicas y su estilo literario, **Olagüe acusa a los historiadores de comodidad a la hora de basar científicamente la pretendida invasión y se queja de la falta de espíritu científico y crítico a la hora de revisar esta época crucial de la historia de España, aceptando ciegamente como buena la escasez y la difícil veracidad de los relatos anteriormente citados.** Todo ello le hace al autor deducir dos proposiciones fundamentales:

*“1. El mito llegado de Egipto se ha apoyado para desarrollarse en el paso del Estrecho por algunos centenares de bereberes. Si no ha sido este episodio el fruto de la imaginación oriental, ha sido posteriormente transformado en una invasión responsable de la propagación de la civilización árabe en la península.*

**2. No existe ninguna relación de causa a efecto entre el acto militar —si ha existido- y la presencia en España de una cultura arábigo-andaluza.”**

Sin embargo, Ignacio Olagüe ante esta escasez de datos fidedignos recurre a los únicos escritos que merecen confianza y que son los producidos por la “***Escuela de Cordoba***” donde sobresale la obra de San Eulogio principalmente, la del Abate Sansón, Álvaro de Córdoba o la de Juan de Sevilla. Se fija en ellas porque demuestran la ignorancia de la existencia del Islam casi cincuenta años más tarde del 711, hasta llegado un momento en que la actitud de estos hombres, sobre todo la de Eulogio, se vuelve beligerante en extremo. Es precisamente este desconocimiento y la actitud agresiva posterior lo que le sirve de luz para la interpretación de la historia, todo ello **unido al estudio de otras fuentes como la numismática, la ciencia militar, el estudio del avance de la desertización desde el Sahara, el tratado de Teodomiro, la obra y la vida de Prisciliano, San Isidoro de Sevilla o los códices de los más de treinta concilios episcopales visigóticos e hispano-romanos que tuvieron lugar en la península desde el año 300 al 694 con la excepción del sospechosamente desaparecido último concilio toledano en tiempos del Rey Vitiza, entre otra muy abundante documentación examinada críticamente.**

Para Olagüe **las crónicas épicas de los avances de la fulgurante caballería islámica tampoco se sostienen a la luz de la ciencia militar.** Las famosas y románticas cabalgadas árabes por el desierto son poco menos que imposibles y más aún a las velocidades que “*se dice*” se dieron. Recurre a estudios de expertos militares conocedores del desierto y de las dificultades que entraña un movimiento rápido y de numerosos elementos en un terreno que ni siquiera con los avances de hoy está exento de peligro y de situaciones imprevistas del todo imponderables. Se basa en informes de oficiales del Estado Mayor en los que se calcula que para una operación con caballería en el desierto hay que preparar una reserva de agua para cada animal de unos cuarenta litros por día. Hay que llevar no sólo la bebida sino también la comida. Si la distancia es demasiado larga esto es algo imposible de realizar. Sin embargo el camello sí que está dotado por naturaleza para acometer semejantes esfuerzos por su condición de rumiante y por su adaptación milenaria a unas condiciones en las que puede alimentarse de una manera extremadamente frugal.

*“Por otra parte, la herradura apareció en las Galias en época merovingia<sup>3</sup>. Anteriormente,*

*cuando se quería hacer atravesar un terreno pedregoso a un caballo, o a un camello, como en el caso de las hamadas del desierto, se envolvían sus pies con cuero para protegerlos. «He aquí, escribía el general Brémond, otra condición desfavorable que se opone al mito de la invasión de África del norte por una caballería árabe, salida de los desiertos de Arabia. Habría recorrido tres mil kilómetros con caballos sin herrar. Estos caballos se hubieran gastado la pezuña basta el empeine»<sup>4</sup>. Indicaremos en otro capítulo el origen de esta leyenda; consignaremos ahora que en estos tiempos como en la antigüedad no llevaban estribos los Jinetes. Fueron importados de China en el siglo IX. Muy difícil, si no imposible, hubiera sido para estos cabalgadores mantenerse a horcadas durante tan largas y numerosas jornadas.”.*

*“El general Brémond, jefe militar de la misión aliada que durante la guerra del 14 ha independizado Arabia de la dominación turca, comentando el texto de Sedillot, concluía que diez mil caballos necesitan cuatrocientos mil litros de agua potable cada día. ¿En donde encontrar tan enorme cantidad en la estepa o en el desierto? Y añadía: «Hubiera sido imposible, sobre todo en esta época mantener treinta mil hombres y veinte mil bestias. En 1916-1917, no hemos podido conseguir para los 14.000 hombres reunidos ante Medina víveres para más de ocho días, a pesar de los recursos considerables que nos llegaban de la India y de Egipto por buques de vapor»<sup>5</sup>”.*

Ofrece también muchas dudas para Olagüe la forma en que pudo pasar el ejército de Taric el estrecho. No hay conocimiento de que los bereberes tuviesen flota y según las crónicas don Julián prestó a los invasores cuatro lanchas para realizar el desembarco. Se sabe indiscutiblemente que la navegación de la época no tenía la misma tecnología que permitió nueve siglos más tarde afrontar las travesías hasta América con sus grandes cargas de ida y vuelta, que las naves referidas más arriba no eran muy grandes y que su capacidad se podría calcular en unos cincuenta hombres incluida la tripulación. Si esto fuese así y no contando con otros medios, pasar a los 7000 hombres de Taric hubiese supuesto un trabajo de más de dos meses sin contar con el desplazamiento de las caballerías que sin ningún género de dudas hubiesen necesitado algo más que lanchas para atravesar un pasillo marítimo azotado por fuertes corrientes y frecuentes tormentas, sin zozobrar. Los únicos que hubiesen podido ayudar a semejante desembarco fueron los propios andaluces, que sí que eran expertos navegantes y tendrían, casi con toda seguridad, una capacidad superior a la de sus vecinos mediterráneos para emprender una empresa de esta envergadura. Y la pregunta que Olagüe se hace es ¿se dejaron los andaluces invadir sin oponer resistencia? Y más aún ¿pudieron contribuir a la invasión de sus tierras por propia iniciativa? Si fue así, ¿por qué lo hicieron? ¿es razonable que un pueblo contribuya a su propia invasión?

Hay un indicio que ofrece respuesta y que está basado fidedignamente y es que la provincia de Tingitania era una provincia de la España visigótica heredada del antiguo imperio romano. Llegado el momento del comienzo de la guerra civil suscitada por la sucesión entre los partidarios de los hijos de Vitiza (restaurador del cristianismo unitario) y de Roderico (perteneciente a la nobleza oligárquica trinitaria) recibiría la petición de auxilio de la provincia Bética, su hermana unitaria, por medio de don Opas Arzobispo de Sevilla. Don Julián partidario de los hijos de Vitiza habría organizado un desembarco en el que tomarían parte sus propias tropas entre las que se contaban naturalmente bereberes de la zona que, según Olagüe, no habían tenido tiempo material ni de estar totalmente islamizados, ni de estar en absoluto arabizados; tanto la arabización como la total islamización llegaría al norte de África, como en la península, mucho más tarde. Sobre don Opas nos dice Ignacio Olagüe:

*“Han acumulado la leyenda y el despecho tales extravagancias sobre este personaje que las mayores incoherencias se translucen en los textos más autorizados. Unánime es la tradición, de origen cristiano o unitario: El arzobispo de Sevilla ha ayudado a los árabes a conquistar España. Durante lo más reñido de la batalla de Guadalete, la que según la historia clásica permite la invasión de la península, abandona con sus tropas el bando de Roderico en cuyo frente estaba*

*colocado para pasar al enemigo y ser causa del desastre. Según otros autores, realiza la traición un lugarteniente del godo llamado Sisebuto. Si se da fe a la crónica de Alfonso III, dirige don Opas el ejército de un príncipe árabe, Al Kamah, por más señas, contra las fuerzas de don Pelayo que se ha atrincherado en las montañas de Asturias para emprender una reconquista ¡que durará ocho siglos! Sin altavoz, pues sin duda la tenía potente, le recita el arzobispo un larguísimo discurso para convencerle de rendirse a los caldeos mahometanos. Pero, gracias a la intervención de la Virgen que deshace la magia producida por la palabra del arzobispo, es destruido el gigantesco ejército de los sarracenos.*

*La gran mayoría de los historiadores estaban en ello de acuerdo. Si había sido España invadida y sojuzgada, era el arzobispo de Sevilla uno de los responsables. Con otras palabras, España se había convertido en musulmana por obra de una de sus más importantes autoridades eclesiásticas. En realidad, el hecho era cierto; mas los autores antiguos lo concebían de modo harto simplista: Así había ocurrido porque el arzobispo era sencillamente ¡un hijo de Satanás!*

*Si se aceptan las concepciones de la historia clásica, resulta incomprensible la actuación de este personaje. Bastante inverosímil era ya que hubieran introducido los mismos españoles a los invasores en su propio país, como se ha dicho por una mala interpretación de los textos que analizaremos más adelante. Más extraordinario aún que fuera debido al dolo de un príncipe de la Iglesia. Por el contrario, si de acuerdo con nuestras tesis no ha habido invasión y si en la competición de ideas religiosas ha dirigido este eclesiástico un movimiento de ideas que más tarde se ha considerado como anticristiano, todo se explica. Adherido al sincretismo arriano o por lo menos enemigo de la política teocrática emprendida por los obispos, ha intervenido en favor de la de Vitiza, sea por razones personales, fueran las que fueran, o porque estaba convencido de sus propias concepciones religiosas. ¿Ha tenido alguna participación en la redacción de las actas del XVIII Concilio toledano? No se puede contestar a esta pregunta por falta de documentación adecuada, aunque es legítimo sospecharlo, dado el contexto histórico. Estamos convencidos de que se debe interpretar por la coincidencia de las crónicas que pertenecía don Opas al equipo director del movimiento que se oponía al ideario de Roderico y de los que le habían nombrado. Dado su parentesco con el rey y el cargo que ocupaba, es probable que hubiese intervenido en la política religiosa del momento en vida del propio Vitiza.<sup>6</sup>*

*Si esto fuera cierto, pertenecería el arzobispo de Sevilla a una larga lista de personajes investidos con un carácter sacerdotal eminente que desde los primeros días del cristianismo hasta los tiempos modernos han constituido una oposición disidente. Los anales cristianos y las crónicas siríacas nos han transmitido los nombres de otros obispos, pertenecientes a las antiguas provincias bizantinas, que en la misma época se habían pasado a una facción del cisma en razón de la misma divergencia de ideas, como ocurría entonces en España. Los últimos representantes de estos espíritus distinguidos que han obedecido a sus propias convicciones en contra a veces de una disciplina inadecuada para las necesidades de los nuevos tiempos han sido los obispos que se adhirieron a la Reforma. En este orden de ideas el papel desempeñado por el arzobispo de Sevilla se vuelve comprensible. Así se explicaría también la desaparición tan sospechosa de Las actas del XVIII Concilio toledano. Ciertas proposiciones que en ellas estaban incluidas pertenecían al criterio personal de una facción disidente de Roma. Con el curso del tiempo y la evolución de los conceptos pronto quedaron desvirtuadas. Unitarios y premusulmanes las olvidaron, mientras que producían escándalo en la minoría cristiana trinitaria. De aquí su destrucción, como ocurrió con tantos otros textos de similar estirpe.<sup>7</sup>*

*Con la llegada de Roderico a Andalucía y la desaparición de Rechesindo, las gentes del partido de Vitiza pidieron auxilio a sus partidarios godos que se hallaban en la Tingitana, provincia del Marruecos rifeño que era entonces una provincia de la corona visigoda. Según la tradición bereber desembarcó su gobernador en Algeciras con fuerzas indígenas que se unieron a los efectivos del*

*ejército de los hijos del rey Vitiza. Se ignora quién lo mandaba. Un combate tuvo lugar en la llanura aluvial del río Barbate, en las cercanías de la Babia de Cádiz. Traicionado por los suyos o simplemente derrotado por fuerzas superiores, perdió Roderico la batalla. Desapareció el reino godocristiano, porque no hubo entre los vencedores un hombre capaz de tomar el mando y de dominar la situación. Se prolongaría la anarquía sesenta años.”<sup>8</sup>*

En cuanto a la numismática el autor se pregunta cómo puede ser que una acción militar de este tipo, de una teórica invasión cruenta y la posterior implantación de un reinado, emirato en este caso, que quiere afirmar su poder en todos los órdenes de la sociedad, no haya emitido una moneda hasta muchísimos años después de la pretendida invasión. Más aún si tenemos en cuenta que el Islam contiene por naturaleza un aspecto de unificación social que sin duda ayudó a estabilizar las sociedades y las economías de todas las zonas que se sometieron bajo esta creencia. La pregunta es ¿porqué San Eulogio, cristiano trinitario cordobés, se sorprende cuando él mismo descubre en la biblioteca del monasterio de Leyre, durante el viaje que realizó en el año 850, un librito que habla sobre un pseudo-profeta llamado Mahoma y cae en la cuenta de que sus paisanos cordobeses practican una liturgia que identifica con la celebrada por los seguidores de este “falso” profeta, tal y como descubre en el librito? ¿Es que no había un estado musulmán vigente, como asegura la historia oficial, que lógicamente habría acuñado su propia moneda? ¿Por qué el Abate Sansón no hace referencia a dinares sino a sueldos cuando se refiere a los impuestos que tuvieron que pagar los cristianos de Córdoba hacia 840 aproximadamente? ¿Por qué Álvaro de Córdoba no conoce la cronología islámica casi doscientos años después del 711?

*“El hecho de labrar moneda constituye una prerrogativa de la autoridad soberana, por la sencilla razón de que el dinero es el nervio de la guerra. En estas condiciones, resulta un tanto extraño saber que los árabes que se apoderaron de Damasco, según se nos asegura, en 639, esperaron nada menos que cincuenta y cuatro años para acuñar piezas propias que afianzaran su autoridad. Fue solamente en 693 cuando el califa, Abd el Malek ibn Meruane, emitió las primeras que se conocen. Imitó a las monedas bizantinas: el sólido y sus dos fracciones, mitad y tercio, se convirtieron en el dinar con sus dos divisiones correspondientes, aunque poseyeran una pequeña diferencia de peso en relación con sus modelos. Veinte años más tarde, bajo la dirección de los califas que sucedieron al hijo de Meruane, ejércitos árabes hacen la conquista de la Península Ibérica. Pero, hecho aún más extraño que el precedente, las monedas que han sido labradas en estos años de la conquista se parecen como dos gotas de agua, no a los dinares de Damasco, sino a las monedas visigóticas anteriores. Hecho todavía más extraordinario, si cabe, no son mahometanas como lo han afirmado con ligereza muchos historiadores obsesos por el mito de la invasión.*

*Su origen es indiscutible. Tienen grabadas en una de sus caras la siguiente leyenda: Solidus feritus in Spania. «Sueldo batido en España» En la otra, en abreviatura, «llevan, según expresión de Levi Provençal, la fórmula islámica del unitarismo». Es la inscripción latina que hemos transcrito anteriormente y cuya traducción reza así: **«En nombre del Señor, de Dios sólo hay un Dios sabio, no hay otro parecido a Dios»**. En el centro, de acuerdo con la tradición visigótica está dibujado un símbolo: En estas piececitas una estrella con ocho puntas<sup>216</sup>. Han discutido los numismáticos acerca de las abreviaturas que en ciertos casos pudieran referirse a la indicción, fecha de la acuñación de la moneda. Grandes son las dificultades, sobre todo en las más modernas, para hacer coincidir la cronología de la Hégira con la cristiana. Mas, por lo que interesa a nuestros estudios, no se trata de descifrar los problemas que conciernen a estos sueldos, sino el texto en ellos grabado.*

*En la serie de fórmulas que hemos expuesto y que han servido de señal de adhesión para los arrianos en los diversos momentos del desarrollo de sus ideas, se coloca esta leyenda en un instante muy preciso en la evolución de las unitarias. Por su estilo demuestra una mayor*

*antigüedad que las posteriores sentencias musulmanas. Comparada con la lapidaria: Un solo Dios existe, es demasiado complicada. Para el creyente no son necesarias mayores explicaciones: a saber, que Dios es el único, el solo sabio y que no existen otros similares. En el curso de la evolución de las ideas ha desaparecido de lo islámico lo accesorio. Inútiles los adjetivos secundarios. Ha alcanzado ahora el monoteísmo unitario su más sencilla expresión.<sup>9</sup>*

*Por otra parte, es el Islam una religión revelada. Un elegido ha sido iluminado por Dios para predicar la buena nueva. La fórmula que sintetiza las creencias del Islam llevará el sello de su predicador: la unidad de la divinidad y la misión profética de Mahoma. Pero las inscripciones grabadas en las monedas de los años primeros del siglo VIII no hacen alusión alguna al Profeta. No son mahometanas pues no se puede concebir el Islam sin la palabra del Enviado de Dios. Son preislámicas, pertenecen al sincretismo arriano.*

*El esclarecimiento y filiación de este texto arriano nos señalan la fecha de la acuñación de la moneda. Confirman el criterio de los numismáticos que la habían situado a principios del siglo VIII. En efecto, si el dicho escrito no es cristiano, no ha podido ser labrada la moneda en tiempos de los monarcas godos, es decir, en los de Vitiza. Llevaría además alguna señal de su autoridad. Como tampoco es musulmán, no ha podido ser batida en tiempos de los emires. Representan pues texto y moneda el interregno revolucionario desde un punto de vista político; desde el religioso, el sincretismo arriano.”<sup>10</sup>*

*“Los numismáticos han descrito monedas que pertenecen al principio del siglo VIII. Se encuentran en las Bibliotecas Nacionales de París y de Madrid. Se distinguen fácilmente de las monedas visigóticas. Llevan éstas generalmente una cruz erguida sobre varios escalones. En el siglo VII la cruz presenta la forma de la tau griega. En Las monedas arábicas de Ibn Meruane, que serán los prototipos o modelos de la familia de los dinares, está substituida la cruz por una columna que lleva un pequeño disco. (Es curioso el observar en Quintanilla de las Viñas unos dibujos grabados en las paredes exteriores que se parecen a los de algunas monedas, sean visigóticas, sean arrianas). Las monedas acuñadas en España, como lo afirma su leyenda, no son arábicas, pero son distintas de las visigóticas. El texto está grabado en latín, no en árabe. Son anónimas, pero no mahometanas, pues no hacen referencia alguna al Profeta. Son unitarias. Así se desprende del texto que los numismáticos han leído en una de sus caras. En el anverso llevan una estrella, emblema de los unitarios; el de los trinitarios está formado por el alfa y omega del alfabeto griego.”*

En cuanto al arte y su desarrollo al compás de la evolución de las ideas, el investigador nos habla de dos escuelas principales: la escuela ibero-andaluza y la escuela árabe-andaluza ligadas ambas por un fenómeno que rebasa los límites temporales de los acontecimientos que nos ocupan: el movimiento iconoclasta, que según Olagüe goza en Hispania de mucha tradición probablemente por el gran número de arraigadas comunidades judías en el territorio peninsular. “Desde el siglo V hasta la mitad del IX se extiende el estilo ibero-andaluz por gran parte de la península, salvo en Asturias en donde algunos monumentos edificadas en el reinado de Ramiro I (842-850), por otra parte notables, no le pertenecen. Se distingue esta escuela por la simplicidad en el uso y adorno de los arcos de herradura, empleados con fines de edificación, no de ornamentación, y cuya excentricidad es poco acentuada, sin deformaciones de ninguna clase; por principios arquitectónicos y artísticos autóctonos; por cierta influencia helenística y bizantina en los adornos, existente desde antigua tradición; y por una abundante iconografía pintada o esculpida, a veces antropomorfa y religiosa que desaparecerá en la escuela árabe-andaluza, sobre todo después de la invasión mora (Almoravide) de Andalucía, en donde se acentuará la tendencia iconoclasta. Existe una solución de continuidad en la evolución de la primera parte del arte andaluz; es decir, desde el siglo V en que adquiere rasgos definitivos hasta la mitad del siglo IX en el sur de España y hasta fines del X en el norte. Logrará apreciar el historiador este proceso insensible, cuando mentalmente haya rellenado los huecos existentes en los testimonios arqueológicos, entre los que gozan de un carácter noble y las pequeñas iglesias rústicas. Se encontrará entonces en condiciones



*para establecer las relaciones que enlazan monumentos desaparecidos, similares a los de Ravena, como Santa Eulalia de Mérida y el templo primitivo de Córdoba, que poseen todos el mismo estilo y suntuosidad, con los diversos monumentos religiosos desparramados por las campiñas. Pues un mismo espíritu, una misma llamarada han inspirado a los artistas que han creado estas obras a primera vista dispares, mas unidas por los mismos principios artísticos y arquitectónicos. Es en el siglo IX cuando por causas extrañas al ambiente peninsular se acelera la evolución del arte andaluz, con lo cual se transforma la escuela ibero-andaluza en árabe-andaluza. No se ha realizado esta modificación de un modo brusco; ha requerido la acción y el transcurso de varios siglos. Era la consecuencia del impacto causado en la sociedad por la crisis revolucionaria del siglo VIII. Desde este momento el movimiento iconoclasta que abrasaba Constantinopla se identifica más y más con la idea unitaria que se ha impuesto en los campos de batalla. Los principios figurativos que eran empleados por los trinitarios fueron rechazados por las doctrinas dominantes; pero consiguieron mantenerse en el norte de España, feudo de los cristianos, de modo más o menos inconsciente, desde donde resurgirían con esplendor en el arte románico”.*

*“Para comprender la evolución del arte andaluz es preciso poseer la clave que determina la transición entre sus dos escuelas: el papel desempeñado por la Mezquita de Córdoba cuyo templo primitivo se transforma en casa de oración para los musulmanes. Era difícil que los eruditos pudieran distinguir y apreciar esta transformación. Como se había creído que este templo había sido concebido y construido de arriba abajo por los árabes, se erguía solitario como el solo monumento suntuoso existente en su tiempo. El hecho no era extraño, pues era el fruto de la invasión, su genio y estructura exóticos. En la ignorancia de estos tiempos oscuros, en lugar de apuntar su parentesco con las iglesias cristianas anteriores al siglo VIII, sobre todo con San Vitale de Ravena, se le había afiliado sin saberse cómo ni por qué con un Oriente lejano y fabuloso. Por otra parte, no sólo desconocían los historiadores la supuesta filogenia de este monumento en Asia en donde nada parecido existía por aquellas fechas, sino que ignoraban también, por lo menos de visu, las obras maestras de la escuela ibero-andaluza. Ayunos en cuanto a su importancia y calidad habían sido incapaces de sugerir a los especialistas ningún horizonte nuevo. Acumulaban éstos pacientemente materiales por ellos descubiertos sin darse cuenta de que las deducciones que se inferían de sus trabajos no se ajustaban con las enseñanzas de la historia clásica. Por otra parte la iconoclastia del templo primitivo de Córdoba y la extraña disposición de sus columnas habían acabado por desconcertarles”.*

*“Ha absorbido el arte andaluz influencias extranjeras. Las más importantes han sido los modelos helenísticos y bizantinos. En ellos está la verdadera aportación del Oriente mediterráneo a las actividades artísticas de los pueblos hispanos. En ningún momento conseguirán estas diversas oleadas de la moda desvirtuar la propia evolución del arte andaluz. Ejemplos patentes lo son los palacios granadinos que cierran este ciclo de tan sorprendentes creaciones. Podrá maravillarse el turista paseando por sus salas y jardines, admirando las decoraciones de estuco policromado. Si abre bien los ojos, si no se deja fascinar por los detalles, percibirá que la estructura fundamental de estos edificios pertenece a la tradición romana: el plan general, las torres cuadradas y macizas de las murallas, los salones añadidos los unos a los otros, los patios rectangulares (el atrium) con la disposición de las habitaciones en su derredor, los grandes maceteros, las fuentes, los juegos de agua, los canalones que cantan, los cipreses que por encima de los muros atalayan los alrededores... Nada de árabe, pues el nómada en el desierto vive bajo tiendas. La Alhambra es la obra final del arte andaluz, pertenece a la última civilización mediterránea y por consiguiente refleja el esfuerzo más refinado de su genio. Pues los elementos de su arte y de sus principios arquitectónicos están enraizados en las civilizaciones del Nilo, del Tiber y del Eufrates. Sus enseñanzas nos fueron transmitidas por Grecia, por Roma y por Bizancio. Fueron asimiladas y desarrolladas por las poblaciones locales que supieron crear un arte propio. Se ha realizado la evolución de las escuelas andaluzas de modo casi insensible. Puede el visitante atravesar las distintas ampliaciones de la mezquita cordobesa, escalonadas en varios siglos, sin*

*darse cuenta de que a medida que se dirige hacia el mirhab desde la entrada principal del Patio de los Naranjos, pasa de una a otra. Ninguna señal que le apunte el curso del tiempo. Sólo percibirá el entendido que a medida que adelanta en el sentido de la quibla se complican más y más las formas, se enriquece la decoración de modo deslumbrante. En cuanto a nosotros, en posesión de la clave escondida en las piedras del templo primitivo, nos será posible descifrar su enigma y comprender el sentido de los acontecimientos que tuvieron lugar en España a principios del siglo VIII. El único testigo de estos tiempos oscurísimos nos habrá entregado su secreto”.*

## **Conclusión**

Estas son tan sólo unas pequeñas muestras de la cantidad de datos que presenta con extrema profusión Ignacio Olagüe en su obra. No se si podríamos decir que el trabajo de investigación histórica que Olagüe pone de manifiesto en este libro, concuerda con los sistemas “ortodoxos” de investigación. Lo que sí que podemos decir de él es que no le falta exhaustividad, espíritu crítico, que es prolijo en datos y que, además, utiliza muy bien la imaginación para buscar todas las concurrentes que se dieron en la época en la que nos sitúa, de una manera muy lógica. Para un musulmán, español de pura cepa como yo, el resultado es, cuando menos, fascinante e inquietante porque cuestiona absolutamente la historia en la que está basada la España que creemos conocer y abre la posibilidad a una nueva visión de nuestra historia y del mundo en la que se vería derribado el “mito necesario” sobre el que se sustenta el odio que fomenta el argumento del teórico enfrentamiento entre civilizaciones que, entonces y hoy, interesa a los más violentos y oscuros poderes de la sociedad humana.

Durante todo el trabajo el investigador quiere hacernos ver algo que para él no tiene duda... el proceso de implantación del Islam y su cultura no fue un proceso forzado y violento en sí mismo, tal y como la ortodoxia histórica nos ha transmitido durante siglos. Olagüe nos habla de una evolución de las ideas en la que es decisiva la coincidencia de los testimonios arqueológicos y la historia del arte con los textos de la Escuela de Córdoba en la que se agrupan *“unos escritores latinos que escribieron a mediados del siglo IX. Forman un conjunto notable, pues no existen textos que nos hayan alcanzado pertenecientes a años anteriores o posteriores. Como los textos árabes de esta época son escasísimos y más en manuscritos contemporáneos, constituyen una fuente de información directa de aquellos tiempos; como un oasis en mitad de la soledad de un desierto histórico. Por estas razones su importancia es capital. Desgraciadamente son tendenciosos en su gran mayoría, no solamente porque sus autores se caracterizan por una fe cristiana extremada, la que llevará a San Eulogio a un martirio suicida, sino porque dentro del campo trinitario en oposición al unitario premusulmán, representan una opinión que hoy día se calificaría de integrista. Sus primeros escritos publicados desde el año 40 en adelante —para el 60 se habrá agotado ya la savia creadora— fueron dirigidos en contra de los unitarios, como los arrianos o los acéfalos, y luego en contra de los musulmanes. Ahora bien, no sólo representan sus ideas lo que se podría llamar la extrema derecha del partido católico; no debe olvidar el lector, como lo advertimos a lo largo de nuestro estudio, que representan una situación ideológica existente en Andalucía occidental. Sería temerario querer extender a la península un estado de opinión que era propio de la capital musulmana: Debía estar, por ejemplo, el Islam mucho más desarrollado en Almería y en el litoral mediterráneo cuyas poblaciones estaban más cercanas de Oriente y por consiguiente más influidas por las ondas invasoras, que en Galicia, en donde el mahometismo por estas fechas era con toda probabilidad una entelequia”.*

Durante siglos se fueron trazando líneas históricas aparentemente separadas, evoluciones del pensamiento religioso, cambios sociales y climáticos que convergieron finalmente en la concreción de un pensamiento y de una necesidad social que fue descubriendo en el Islam la vocación natural generada durante siglos de avatares y azares y que fueron abonando un fértil sustrato donde germinó lentamente pero con fuerza la semilla de la nueva idea-fuerza.

Con el declive del Imperio Romano la situación de la península quedó en un desbarajuste organizativo que tan sólo palió la llegada de los Visigodos y su ejército que en régimen policial, como si se tratara de una arcaica Guardia Civil, controló la península por medio de acuartelamientos estratégicamente distribuidos, estableciendo en muchos puntos, fuertes controles armados, disciplinados y dirigidos desde el centro del territorio en la ciudad de Toledo. Llegaron estos extranjeros a un lugar de Europa donde el cristianismo trinitario apenas había ganado terreno. Sus habitantes, como ellos, adoraban a un solo Dios. La mayoría de estos eran cristianos unitarios, arrianos o priscilianistas. También se encontraba en la Hispania del momento una fuerte comunidad judía de hispánicos conversos que estaba implantada hacía siglos. En este sentido puramente religioso, el choque con los bárbaros melenudos fue mínimo. Además los Godos trajeron un orden político y administrativo que en un principio subsanó esta carencia en la vida peninsular provocada por la decadencia y la descomposición del Imperio Romano. Los problemas comenzaron cuando Recaredo se convirtió al trinitarismo por razones exclusivamente políticas, imponiendo la nueva tendencia de fe a toda la Hispania. Incluso la población judía comenzó a sufrir feroces ataques ya que no podían permitir que un baluarte unitario como era esta comunidad, permaneciera tranquila y peligrosamente libre siendo que el judaísmo era una religión unitaria no cristiana y por lo tanto difícil de controlar si no era con una fuerte persecución.

El ambiente social se fue enrareciendo y se puso de manifiesto en las propias luchas que se desencadenaban en los numerosos concilios episcopales donde se trataba de apoyar con piruetas teológicas la legitimidad de las decisiones arbitrarias del rey godo de turno. El pueblo vivió muchos años fingiendo ser cristianos romanos fuera de su casa y siendo unitarios en ella.

Al descontento político y religioso vino a sumarse lo que Olagüe llama “el pulso climático” para terminar de minar la moral de la sociedad hispánica, que como intenta demostrar el investigador en este libro, sufrió varias hambrunas provocadas por el paulatino avance de la facies subárida en la zona del Sahara que terminó afectando también a la península arruinando cosechas durante años. Llegando a las siguientes conclusiones después de un exhaustivo estudio de la evolución climática en el norte de África en los doce siglos anteriores a la pretendida invasión islámica:

*“Evolución del clima en las regiones centrales del Sahara Occidental*

*I) A principios del primer milenio (a.C.) poseían las regiones centrales del Sahara Occidental un aspecto verdoso propio del manto vegetal de las praderas. Si en efecto era así, recibirían una pluviosidad que oscilaba en torno a los 800 ml. de agua al año.*

*II) En la época de Herodoto (siglo V a.C.), aún conservaban ciertas regiones del Sahara Central sus caracteres anteriores, pero otras empezaban degradarse. El agua caída, acaso unos 600 ml. al año, se repartía ya desigualmente en el curso del verano.*

*III) En los días de Estrabón, que vivió al comienzo de la era cristiana, se halla mucho más avanzado el proceso de sequedad. Han alcanzado la facies árida, y acaso la subárida, las regiones centrales del Sahara. Para atravesarlas a caballo es menester tomar precauciones.*

*IV) En el siglo III después de J.C. se advierte una rápida mutación de la fauna norteafricana. La mayor parte del centro del Sahara ha adquirido una facies subárida, oscilando en torno a los 250 ml. de agua al año.*

*V) Del siglo VI al VIII, la estepa xerofítica antesala del desierto ha aparecido en todo el Sahara Central.*

*VI) A fines del siglo XI, la facies subárida ha alcanzado los confines atlánticos de Mauritania”.*

La suma de estos y otros muchos factores acabó haciendo posible la evolución de las ideas, que a su vez permitió que la entrada de las enseñanzas del Islam se produjese como un fenómeno natural que comenzó sin árabe ni Corán, que fue cuajando en la población paulatinamente y que fue detectado por los cristianos fieles a Roma como una variante más del “herético” cristianismo unitario. San Eulogio nunca oyó la llamada a la oración desde ningún alminar en su Córdoba natal. Sencillamente porque no lo había. No se dio cuenta de que la mayoría de sus paisanos profesasen el Islam hasta que lo relacionó con el escrito que tanta sorpresa le causó en su viaje a Leyre en 850. El Islam no se había manifestado todavía como algo evidente porque sus paisanos no hablaban el árabe aún. Cuando Eulogio reconoció en el librito que descubrió en Leyre al Profeta Mohammed como el maestro a quien seguían sus paisanos, percibió que la religión de estos superaba la “mera” herejía y que se presentaba a su ojos como un verdadero enemigo al que había que combatir como fuese, incluso predicando el suicidio de vírgenes y “salvar” la península a través de la sangre de mártires suicidas. No deja de ser curioso ver cómo Ignacio Olagüe no repara en calificar a la Escuela de Córdoba, en los ya lejanos años sesenta del siglo XX, como de integristas.

El proceso evolutivo fue lentísimo según lo atestiguan los textos cristianos y los testimonios arqueológicos. El Islam vino a llenar un vacío de espiritualidad y a recomponer un orden social que se había corrompido en los últimos tiempos de los reinados visigodos y que continuó de manera incontrolada y anárquica después de la guerra civil por la sucesión entre los partidarios de los hijos del rey Vitiza y don Roderico. El florecimiento de la nueva cultura islámica en occidente precisó de varios siglos en la evolución de las ideas, en la que se incluyen también la evolución artística que se desarrolla de forma paralela, acompañado todo ello por todas las concluyentes que convergieron a través de los siglos y de las que hemos tratado de traer a este trabajo tan sólo algunas muestras. Si las ordas árabes hubiesen arrasado Hispania tal y como afirma la ortodoxia histórica las manifestaciones arquitectónicas y artísticas hubiesen sido impuestas de forma violenta y autoritaria, atrofiando las manifestaciones propias del lugar “invadido”. Sólo recordaremos una etapa de nuestra “gloriosa” historia: ¿Qué quedó de la cultura azteca, inca...? respuesta: cuatro piedras. ¿Cuánto tiempo transcurrió desde la llegada de los conquistadores a México o Perú hasta la casi total desaparición de todo vestigio?, respuesta: escasos años.

En el caso que nos ocupa, la evolución artística sigue su camino sin que ninguna intervención extranjera influya decisivamente hasta pasados muchísimos años, casi un par de siglos, y el arte ibero-andaluz se va metamorfoseando en arte árabe-andaluz. Hubo una evolución innegable que no hubiese sido posible de haberse apoderado de Hispania la “veloz caballería árabe” repartiendo sangrientos mandobles de cimitarra a diestra y siniestra. Hubiese sido todo una imposición y de ninguna manera se hubiese dado el esplendor de las ideas que floreció en la Hispania musulmana, el Al-Andalus ya, porque se hubiese calcinado todo el fértil sustrato que facilitó el florecimiento de la edad dorada del Islam mundial y, si no tuviésemos vergüenza en afirmarlo, la primera edad de oro hispánica. La llegada del Islam a Hispania pudo darse por una auténtica revolución social propiciada por numerosos factores que fueron conformando una nueva necesidad, una apertura, un campo abonado a nuevas ideas que fueron acogidas con el alivio del sediento y la naturalidad con la que suceden las cosas necesarias.

*“Se impone por consiguiente el hecho: no ha sido la expansión del Islam hacia el oeste el resultado de una sucesión de invasiones militares milagrosamente logradas, sino de un clima revolucionario que ha permitido el brote de nuevos conceptos. Por lo cual, se puede concluir que los acontecimientos políticos concebidos como la consecuencia de acciones guerreras son aparentes, como lo son ciertos fenómenos físicos o biológicos. Son efímeras las conquistas de las armas cuando no son el producto de la propaganda. Ha sido la historia de los hombres el fruto del juego de las ideas fuerza, difundiéndose en razón de su energía, retrocediendo por el hecho de su anemia;*

*pero siempre en relación con circunstancias geográficas y culturales, favorables o perjudiciales”.*

Notas:

1. Eduardo Saavedra: Estudio sobre la invasión de los árabes en España, Madrid, 1892, p. 2.  
Dozy: Recherches. T. 1, p.

2. Louis Bréhier: Le monde bizantin, t. m, p. 344

3. Lefebvre des Notes: Attelage et cheval ile selle.

4. General Brémond. Ibid., p. 41.

5. General Brémond: Ibid., p. 34.

6. Según el autor de la crónica de Alfonso III era Don Opas hilo de Vitiza: Sarraceni... per Alkamamem Ducem qui et ipse con Tereck in Hispa. niam irruptionem fecerat, et Oppanem Hispalensis Sedis Metro politatem epi.sco pum, fihium Tfvitazani regís, ob cuyos fraudem Gothi perierunt, Asturias cum innumerabili exercitu miserunt. «Los Sarracenos., con el jefe Al Kamáh, el mismo que con Taric invadieron España y con Opas obispo de la sede metropolitana de Sevilla, hilo del rey Vitíza, por cuyo dolo desaparecieron los godos, con un ejército innumerable asolaron Asturias.

7. No fueron sólo los textos molestos para la ortodoxia posterior los que fueron destruidos; quedaron otros interpolados o modificado el sentido de sus frases. Daremos un ejemplo: No fue el único Don Opas entre los altos dignatarios de la Iglesia hispana en haberse conducido de manera que más tarde se consideró reprobable. Existe en el Anónimo latino un pasaje muy oscuro. Dado el tema es probable que haya sido interpolado o modificado con escasa fortuna. Se trata del arzobispo de Toledo: Sinderedo. 830. Per idem tempus, Divae memoriae .Sir&deredus Urbi.s regiae metropolitanas episco pus, Sanctimoniae studio claret, atque Ion gaevos Et merito honorabili.s vtros, Quos in suprafatam sibi commisam ecclesi.am Reperit, non secundurn scierttiam, Zelo santitatis Stimulat, Atque, instinctu ;am dicti Vitízani principis, Eos, sub eius tempore, convezare non cessat. Qui, et post modicum, incursas Arabuvn expave.scens, Non ut pastor, sed ut mercenarias Christi oves contra (decreto maíorum deserens, Romaniae patriae esse adnectat. «En estos mismos días, Sinderedo de grata memoria, obispo metropolitano de la capital, se distingue por su santidad. Habiendo encontrado en la iglesia que le habían confiado hombres ancianos y dignos de verdad, no los distinguió de acuerdo con la ciencia por el celo de la piedad, sino que por incitación del mencionado príncipe Vitiza, no cesó durante su apostolado de perseguirles. Algún tiempo después, temeroso de las incursiones de los árabes, comportándose no como un pastor sino como un mercenario, Alan donó contrariamente a los decretos de sus predecesores las ovejas de Cristo y huyó a Roma. A pesar de la mano que ha refundido los versos de la estrofa hasta el punto de hacerla contradictoria, no cabe duda que una de las más altas personalidades de la Iglesia hispana, fuera o no favorable al sincretismo arriano, ha tenido una conducta reprobable, por lo menos a los ojos de los ortodoxos posteriores.

8. Es probable que Roderico, expulsado de Andalucía, haya encontrado un refugio en Lusitania en donde habría gobernado de modo independiente, como lo hicieron otras personalidades en diversas regiones de la península. Ha durado este pequeño mosaico de reinados provinciales unos sesenta años. Se dice en la crónica de Alfonso III que al apoderarse este rey de la ciudad de Viseo, en Portugal, encontró la sepultura de Roderico con una sencilla inscripción Hic requiescit Rudericus rex gothorum. Se conservaba aún esta sepultura en el

siglo xviii en la iglesia de San Miguel de Fetal, fuera de los muros de esta ciudad, como lo asegura el abate Antonio Carvalho da Costa en su *Corografía portuguesa*, t. II, p. 178, Lisboa, 1708. Hemos señalado que existe una moneda de Roderico que ha debido de ser acubada en Toledo cuando su coronación. Existe otra con la siguiente inscripción: md ne Rutie-ricas X (por rey). Sobre el reverso se halla una cruz sobre tres grados y entre dos lobos la leyenda: Egitania pias; es decir, que ha sido amonedada en Egitania, ciudad de Portugal.

9. Levy.Provençal: *Histoire des musulmans d'Espagne*, t. 1, p. 3. Obcecado por el prejuicio, no se da cuenta el autor de que si la fórmula es unitaria, no es musulmana.

10. Ver las siguientes obras de numismática en donde estas monedas han sido descritas: Codera: *Tratado de numismática árabe-española* (1879), Lavoix: *Catalogue des monnaies musulmanes de la Bibliothèque Nationale* (1888), Rada: *Catálogo de las monedas árabes españolas que se conservan en el Museo Arqueológico*, 1892.